
Entrada libre

W. Borah..., aquí W. Taylor

Mis reflexiones sobre Woodrow Borah y su obra provienen de un ángulo muy personal. No fui su alumno. Tampoco trabajamos juntos en Berkeley hasta hace año y medio, cuando ya lo había debilitado una embolia. Pero sí intercambiamos publicaciones y cartas a lo largo de 29 años y más de una vez Borah me rescató en asuntos académicos. Sus cartas y notas ofrecían una especie de crítica severa sobre algo escrito por mí, aunque siempre atenuados por una o dos observaciones prolijas sobre Latinoamérica, la miseria humana, las fuentes primarias o sobre el estado de la cuestión de asuntos relevantes o en debate. Es pues principalmente en función a esta correspondencia, que quiero bordar; sus letras me dieron una visión precisa de lo que es la vocación, de la necesaria seriedad de los propósitos y de patrones mucho más elevados que las consideraciones de un empleo redituable. Sé de su famosa severidad con alumnos y colegas cuando iban de por medio hechos e interpretaciones o cuando detectaba un dejo de autocomplacencia, autoengaño o interés mezquino. Pero el equilibrio entre honestidad, erudición y caridad en su vida y trabajo son las que me llegan con más fuerza, especialmente a través de sus cartas.

De su calidad académica se ocuparán otros. Yo agregaré sólo dos o tres cualidades que para mí son especialmente admirables en su desempeño académico. Como algunos de sus colegas de Berkeley —de su generación y de la que le antecedió— interesados en América Latina, Borah llevó los estudios históricos hacia los territorios afines de disciplinas aliadas. Más que ningún otro académico que yo haya conocido, mantuvo una permanente y productiva conversación con académicos de otros campos y siempre les dio crédito. Ahí estaban Sherburne Cook y Lesley Byrd Simpson, por supuesto. Pero también Carl Sauer en Geografía, Stephan Kutler en la escuela de leyes, Luis Monguió en el área de español, Jacobus ten Broek en ciencias políticas y varios colegas historiadores incluidos Gunter Barth, Tom Barnes, Richard Herr y Tulio Halperin. Sin duda hay más.

Y Borah destacó en las fuentes manuscritas, en el trabajo de campo en su amado México y en asuntos no resueltos, pequeños o grandes. Al profesor le gustaba lo que él llamaba la “disección minuciosa”

Correctos o equivocados a la luz de lo que hoy sabemos, sus extensos ensayos sobre temas como la depresión del siglo XVII, la agricultura comercial, la conversión religiosa, la cultura colonial, la administración política y las periodizaciones desafían al lector a disentir de sus claras formulaciones, a cavar más hondo y a ofrecer algo mejor.

—supongo que no como quien practica autopsias, aunque sí con la misma distancia clínica— y la ejerció en mayor o menor escala en una serie de proyectos investigados a profundidad. Pero a él también hay que reconocerle sus atrevidas, a veces sorprendentes interpretaciones que defendía vigorosamente, sobre casi todos los temas importantes de la historia colonial. Correctos o equivocados a la luz de lo que hoy sabemos, sus extensos ensayos sobre temas como la depresión del siglo XVII, la agricultura comercial, la conversión religiosa, la cultura colonial, la administración política y las periodizaciones desafían al lector a disentir de sus claras formulaciones, a cavar más hondo y a ofrecer algo mejor.

Permítaseme abordar más directamente nuestra fuente principal, las propias palabras de Woodrow Borah.

Después de la muy trabajada, detalladamente descrita y enérgicamente discutida historia demográfica de la región ampliada de México, que Tulio Halperin identifica como el trabajo más famoso e influyente de Woodrow Borah, algunos colegas se sorprendieron ante el giro que dio hacia la historia política y jurídica en su premiado y último libro *Justice by Insurance*. No debieron sorprenderse. Este libro dio comienzo con otra colaboración con un inquieto académico de Berkeley interesado en México, que también cruzaba cotidianamente las angostas fronteras entre las disciplinas, Lesley Byrd Simpson. En 1984, inmediatamente después de la publicación de *Justice by Insurance*, el profesor Borah escribió lo siguiente sobre el estudio de la historia en respuesta a un comentario que yo había hecho sobre los últimos avances de la historia social:

Sabe usted que no tengo la menor idea de lo que los historiadores sociales piensan de la importancia o irrelevancia de la historia jurídica. He leído lo que tienen que decir pero retengo sólo las ideas que me parecen valiosas. El resto, me temo que lo atribuyo a la miseria humana y a las modas cambiantes. A mí [...] me interesa la *longue durée*, y las leyes y las instituciones son parte de ella, una parte que no se debe ignorar. Por lo general, cuando pasamos por alto cualquier factor corremos un riesgo. Uno nunca puede estar totalmente seguro de qué es lo que será crucial.

Borah nunca se rehusaba a la disección de algunos de sus propios es-critos. Yo estuve cuando su conferencia inaugural como presidente de la sección de la Costa del Pacífico de la American Historical Association (publicada en *Pacific Historical Review* en 1979) y le envié una nota de felicitación. Esa conferencia, una rápida visión del pasado mexicano, propuso la existencia de una sola gran época de transformación —las primeras décadas de la conquista y colonización españolas— minimizando así la importancia de los cambios del siglo XVIII, la Guerra de Independencia y la Revolución de 1910. Con sólo una simple referencia directa, sus palabras clavaron una pica sobre la corriente historiográfica latinoamericana que enfatizaba y celebraba las continuidades por encima de la conquista de los súbditos indígenas coloniales. La respuesta a mi felicitación, me parece, es muestra de la paradójica modestia filosófica que Jonathan Borah, su hijo,

recordó en el reciente homenaje a su padre. En la carta, el profesor Borah le daba el crédito a otros, en una pequeña genealogía de ideas, en vez de arrogarse todo el crédito de la originalidad, como pudo haberlo hecho.

Había —él escribió—, muy poco de originalidad en mi discurso, que era más bien una reunión, una ampliación de las ideas que encontré en otros lados o que había discutido con varias personas. La idea (de cuestionar la importancia de las transformaciones del periodo independiente) a duras penas es original ya que muchos escritores han anotado que aún estamos en el ámbito de la energía, del sistema de valores y de la orientación general de la Ilustración. De igual manera, la idea del papel del Norte inmediato en la formación de la cultura mexicana y el desarrollo de un tipo mexicano se puede encontrar en el ensayo de Carl Sauer "The personality of Mexico". Hasta donde sé, él fue el primero en mencionar el significado de la vieja línea entre indios sedentarios y nómadas. La idea de una *tensión vital* entre el desierto y el cultivo también es vieja en los estudios sobre Europa y Asia, y para Mesoamérica ya ha sido trabajada por Wigberto Jiménez Moreno. Mi contribución consiste en extenderla hacia un periodo posterior, enfatizando el papel de Estados Unidos. Incluso ahí se lo debo a las discusiones con José Miranda. El uso del título de La Gran Chichimeca para Estados Unidos es mi propia traviesa contribución. Y aún más. Me divertí mucho cambiando la idea de periodización en contra de los periodizadores, por si alguien lo nota.

Permítaseme concluir con algo de la primera carta que recibí del profesor Borah, fechada el 28 de febrero de 1969, antes de que yo acabara mi tesis doctoral. Era la respuesta a la nota en la que yo me presentaba como alguien que estaba trabajando Oaxaca colonial —una de sus principales áreas de interés— y le contaba de un censo que había localizado en la cabecera del pueblo de Tlacolula. Aquellos de ustedes que lo conocieron captarán un eco de la precisa, lógica y erudita voz de Woodrow Borah, maestro en las fuentes. Los que no lo conocieron podrán reconocer por qué estas palabras me son tan memorables como sus escritos publicados. Comienza así:

Me gusta que esté usted trabajando con el Valle de Oaxaca. La experiencia de tenencia de la tierra ahí es tan diferente a la de México que amerita atención.

El profesor Cook y yo suponíamos que cada uno de sus pueblos que habían sido la sede de una prefectura, tendrían archivos del censo de 1826, pero me complace saber que los de Tlacolula ahí están. Usted puede conocer los resultados a través del estudio estadístico de Murguía y Galardi, cuyo manuscrito se encuentra en la biblioteca de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística de la ciudad de México, o en el *Boletín*, que publicó parte del manuscrito.

Me pregunto si logró usted localizar el Archivo del Tribunal. Le pregunto, porque nosotros encontramos una gran cantidad

En la carta, el profesor Borah le daba el crédito a otros, en una pequeña genealogía de ideas, en vez de arrogarse todo el crédito de la originalidad, como pudo haberlo hecho.



de documentos notariales previos a los del Archivo de Notarías de la ciudad de Oaxaca, en el Archivo del Tribunal de Teposcolula. A pesar del intento de llevar todos esos archivos a la ciudad de Oaxaca, aparentemente una gran cantidad ha sido archivada en el Archivo del Tribunal, y no están a la vista. Como estaban más seguros en Teposcolula que en la ciudad de Oaxaca, no he hecho nada para informarle a las autoridades. Supongo que la misma oportunidad puede darse en Tlacolula, y mucho más material colonial especialmente el del tribunal del alcalde mayor, puede estar en ese archivo, si es que sobrevive...

Si usted ve a Luis Castañeda Guzmán antes que yo, lo que es muy probable, por favor saludelo de mi parte.

Mucho me interesaría tener una oportunidad de leer un ejemplar de su tesis cuando la acabe. Mientras nos conocemos, debemos mantener esta correspondencia. Gracias por iniciarla, y mis mejores deseos por su éxito.

He aquí la sincera bienvenida de parte de un colega a la profesión, repleta de pistas hacia lugares y fuentes, y la invitación implícita a mantenerme en un buen nivel. Fue más allá del reconocimiento rutinario que él hubiera podido escribir o no escribir, sin más. Para mí significó muchísimo que alguien me extendiera una invitación así.

Traducción de Alma Parra

Arnaldo Momigliano. Notas de un discípulo

Anthony Grafton

Tomado de *The American Scholar*, primavera de 1991. Traducción de Alma Parra.

Llegué a Londres en el caluroso verano de 1973 listo para comenzar una disertación doctoral sobre Joseph Scaliger, un famoso humanista clásico del Renacimiento francés terriblemente erudito. Yo traía una formación en historia intelectual, clásicos e historia de la ciencia del Renacimiento en la Universidad de Chicago. Había leído bibliografía secundaria en inglés, francés, italiano y alemán y tenía muy claras las coordenadas que Scaliger ocupaba en mi mapa mental de la cultura del Renacimiento. Su trabajo sobre la historia de los textos clásicos y los calendarios formaba parte de la “revolución histórica” de los siglos XVI y XVII. Esto reflejaba el desarrollo de una conciencia